

EXPERIENCIA INTERGENERACIONAL LAICOS Y VIDA CONSAGRADA

Yolanda
Barrios Mora*

En el año 2007 y con el nombre de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, nace la obra de Dios que pretende dar ayuda a hombres, entre 18-65 años, que son víctimas de la enfermedad de la adicción a sustancias psicoactivas, mejor conocidas como drogas. El camino se torna difícil e inicia un largo éxodo y el proyecto debe trasladarse de un lugar a otro, sin encontrar un lugar fijo en el cual permanecer.

Para el año 2008, el proyecto Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, se ve fuertemente azotado por la pruebas y a punto de sucumbir, pero la misericordia de Dios no se hace esperar y es en este momento trascendental, cuando La Asociación Casa Hogar San José, perteneciente a la Pastoral Social de la Arquidiócesis de San José, Costa Rica, tiende una mano para rescatar tan preciada obra de Dios.

En este mismo año 2008, el proyecto adquiere mayor fuerza, es entonces acogido por la parroquia de San Gabriel de Aserrí, ubicada en un pequeño pueblo en las lejanías de San José; el párroco de aquel entonces, Pbro. Luis Herrera, ofrece un importante

* Privilegiada hija de la Santa Madre Iglesia; bendecida por Dios con el don de la maternidad, madre de tres hijos; psicóloga y consejera en adicciones; laica de la congregación de las hermanas del Buen Pastor, hija amante de Santa Ma. Eufrasia. Por la misericordia de Dios fundadora de Casa Hogar San Gabriel, espacio donde vivo la espiritualidad del Buen Pastor, basada en el celo por la salvación de las personas en quienes sembramos esperanza por haber perdido su dignidad en el consumo de las diferentes sustancias psicoactivas.

apoyo a los usuarios de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa.

La obra de Dios se va perfilando basada en la figura de Jesús Buen Pastor y su eterna misericordia para rescatar a sus ovejas perdidas, es una obra de Iglesia que está profundamente marcada por la espiritualidad de las hermanas del Buen Pastor y su fundadora Santa Ma. Eufrosia Pelletier, dada la cercanía, amistad y apoyo espiritual que las hermanas mantienen con el proyecto.

Para ese entonces, algunos cambios importantes se dan en Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, que tomará el nombre de Casa Hogar San Gabriel y albergará solamente a personas de zona rural, siempre víctimas de la enfermedad de la adicción, pero con perfil diferente a los consumidores de zonas urbanas; los principios cristianos se constituyen en uno de los pilares más importantes del tratamiento; la misericordia de Jesús Buen Pastor y la providencia divina, abrazan aquel pequeño hogar constituido en albergue de esperanza y amor para aquellos a quienes las drogas les habían robado la dignidad de hijos de Dios.

El tiempo y la obra de Dios se consolidaban con mayor fuerza cada día, la demanda de los jóvenes era cada vez mayor. No había lujos ni riqueza en aquel sencillo hogar; por el contrario, mucha austeridad y hasta un poco de pobreza dentro de aquella pequeña casa de madera vieja, que apenas lograba albergar y suplir necesidades muy básicas de sus habitantes, que lejos de desanimarse alguna vez acrecentaban la fe en El que provee lo necesario y cumple sus promesas: “El Señor es mi Pastor nada me faltará” Sal 23, 1.

Casi siete años de arduo trabajo en bien de las almas, bajo el lema de Santa Ma. Eufrosia: “Un alma vale más que un mundo”, siete años caminando en la fe y la misericordia. Mas los tiempos de prueba no se hicieron esperar y la tormenta volvió a azotar y esta vez con mayor fuerza la obra de Dios; pero la fe sostenía con gran fuerza aquella preciada obra, como el árbol a sus ramas, y cuando todo parecía sucumbir el Pastor de los Pastores extendía su mano protectora. “Aunque pase por quebradas oscuras, ningún mal temeré, porque Tú estás conmigo con tu vara y tu cayado y al verlas ningún mal temeré” Sal 23, 4.

Era el tiempo de la fe, era el tiempo de Dios... nadie estaba en aquel momento...solo Dios bastaba, tiempo de prueba, tiempo de abandono humano, pero aquella pequeña comunidad completa sabía creer y esperar: “levanto mis ojos a los montes de donde me vendrá el auxilio, el auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra” Sal 121, 1-2.

La convicción de que la obra era de Dios y Él la sostenía, no permitía que la fe desfalleciera: “La fe es aferrarse a lo que se espera, es la certeza de lo que no se ve” Heb. 11, 1. Era tiempo de salir de tan amado lugar, de aquella humilde casita que por tantos años nos albergó y fue testigo de la misericordia de Dios. Todo parecía incierto y oscuro en aquel momento, una noche que parecía eterna nos asechaba, pero nuestra fe no desfallecía. Dios tendría algo mejor para nosotros esa era nuestra esperanza; Dios nos estaba puliendo para recibir mayores bendiciones, esa era la certeza. Fue necesario acudir en busca de alimento espiritual a fuentes que nos fortalecían en el tiempo de prueba que atravesábamos. “No teman a las cruces amadas hijas. Abrácenlas cuando se les presentan. Las grandes obras se fun-

dan siempre en medio de grandes penalidades y de toda clase de pruebas. La acción de gracias debe subir siempre al cielo sin interrupción en los consuelos y en las tribulaciones” Santa Ma. Eufrasia.

Fue así como en el año 2014 tuvimos que abandonar la querida comunidad de San Gabriel e iniciar una nueva etapa, en otro lugar más distante y con mayores incomodidades, mucha tristeza en nuestros corazones pero había la certeza de que estábamos cumpliendo la voluntad de Dios y que Él peregrinaba a nuestro lado. Todo era difícil en nuestro nuevo hogar, pero lejos de desfallecer nuestra fe se mantenía firme... algo mejor tendría Dios para su rebaño.

¡Oh Dios qué cosas tan grandes hace el amor! Santa Ma. Eufrasia

La esperanza no desfalleció en ningún momento de nuestro peregrinar, era una gran obra y tenía que fortalecerse al pie de la cruz, esa convicción mantenía viva nuestra fe. En aquel momento éramos una hermosa y creyente comunidad cristiana apegada a la voluntad divina, no obstante las necesidades económicas, la reducción del espacio, la lejanía

de los servicios básicos, parecían tan difícil y a lo largo del camino algunos se debilitaban, pero otros los animaban a continuar, con la certeza de que el amor de Dios no nos abandonaría nunca. “Hasta aquí nos ha socorrido El Señor” 1Sm 7, 12.

El 2015 nos encuentra en esta situación, pero la oración de muchos nos sostenía y continuábamos siendo una pequeña comunidad creyente en el corazón de nuestra madre la Iglesia; es así, como en el tiempo menos esperado sucede el gran milagro por nosotros anhelado; milagro fruto del amor, la misericordia y el celo por la salvación de las almas que movía a las hermanas del Buen Pastor. Las puertas del convento se abrieron para dar albergue a la comunidad Casa Hogar San Gabriel, era una propiedad inmensa. El éxodo había concluido y nos encontrábamos ahora en una tierra que manaba leche y miel. “El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres” Sal 125, 3.

Era el tiempo del encuentro del que sirve y del que es servido; de la prontitud de quien reconoce la necesidad del hermano y acude a su encuentro, tal y como

nos enseña la Virgen María en su visita a su prima Santa Isabel.

“Pero entonces María tomó su decisión y se fue, sin más demora, a una ciudad ubicada en los cerros de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel. Al oír Isabel su saludo el niño saltó en su vientre. Isabel se llenó del Espíritu Santo y exclamó en alta voz: “¡Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!, ¿Cómo he merecido yo que venga a mí la madre de mi Señor?” Apenas llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó en mi vientre. ¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!” Lc.1, 39-46

Este es el tiempo de Dios, los días del Señor, el tiempo de la misericordia: como los de la Virgen María quien acude presurosa al servicio de su prima que la necesitaba y se da un encuentro de profundo amor, de servicio al más débil. La alegría de servir se hace notar en la virgen María y la gratitud en la prima Santa Isabel. María toma una decisión firme y se aventura a pesar de su condición de embarazo a dirigirse a casa su prima, solo animada del deseo de servir.

Hoy la historia se repite, ante el conocimiento de las dificultades y la crisis que atravesaban los residentes de Casa Hogar San Gabriel, las muy queridas hermanas del Buen Pastor no dudan en acudir presurosas al auxilio del más pobre entre los pobres, ¡Maravilloso encuentro de misericordia! La acogida de las hermanas, la alegría del servicio se constituyen en un testimonio para cada uno de los integrantes de Casa Hogar San Gabriel.

Es la alegría de quien da y la gratitud de quien recibe, como María e Isabel. Entre las hermanas del Buen Pastor y los usuarios del hogar permiten que se dé el milagro del encuentro, donde unos y otros se sienten bendecidos desde una experiencia intensa de amor, entrega, servicio y misericordia. No pasa mucho tiempo para que las hermanas acojan como propia la obra del hogar San Gabriel, desde la oración constante que siempre ha acompañado al hogar, pero esta vez con mayor énfasis. Cada muchacho es adoptado espiritualmente por una de las hermanas quien adquiere el compromiso de acompañarlo en su difícil proceso de rehabilitación.

La llegada de los muchachos a los espacios propios de las hermanas del Buen Pastor no se limitó solo al espacio físico, muy pronto se estableció un sorprendente vínculo de afecto y acompañamiento, la vocación de las hermanas y su opción por las salvación de las almas, las llevaron a un profundo compromiso con el dolor de la persona adicta, particularmente el de los jóvenes del hogar San Gabriel, a los cuales ellas consideraron su compromiso espiritual. De forma particular las hermanas adultas mayores, aprovechaban cualquier espacio para catequizar y sembrar esperanza en quienes por su historia y enfermedad habían perdido la fe. ¡Maravilloso encuentro de vida y esperanza!

Por otra parte, ¿qué pasaba en los muchachos del Hogar San Gabriel? Había muchas cosas que no lograban entender: el amor profundo que las hermanas les profesaban, la preocupación de ellas por cada uno, la sensación de paz que ellas les transmitían. Su deseo era estar cerca a las hermanas, escucharlas y ser escuchados por quienes, ellos decían, transmitían la misericordia y presencia

de Dios. Lo cierto es que este maravilloso encuentro se constituyó en una riqueza para unos y otros.

Los jardines del hermoso lugar se llenaron de jóvenes que por cariño a las hermanas trabajaban arduamente con gran alegría, los terrenos baldíos volvieron a tener vida y la huerta volvió a dar frutos, la capilla de la comunidad ya no se limitó a albergar solo a las hermanas, ahora había un rebaño de ovejas que acompañaban sus Eucaristías.

- ¡Maravilloso encuentro de amor y de esperanza que logró que muchas crisis y heridas del pasado fueran sanadas por la sonrisa, la escucha amable, consejos sabios de las hermanas!
- ¡Maravilloso encuentro que devolvió la esperanza y la fe a aquellos navíos que por mucho tiempo se habían extraviado!
- ¡Maravilloso encuentro que permitía a las hermanas vivir intensamente su cuarto voto de celo por la salvación de las almas, que se constituía en lo esencial de su vocación!
- ¡Maravilloso encuentro que dibujó sonrisas de unos y otros,

que sembró semilla de vida en hermanas y jóvenes!

Las puertas del convento de las hermanas del Buen Pastor se abrieron para albergar a un grupo de adictos que habían perdido la esperanza y luchaban contra tan dolorosa enfermedad de la adicción. Las puertas del convento se abrieron y esto no fue suficiente, porque con prontitud y misericordia se abrieron con mayor amplitud las puertas del corazón de las hermanas, para albergar dentro de cada joven la dignidad, que la droga le robó.

La Casa Hogar San Gabriel dio un giro en su historia particular, ahora las hermanas del Buen Pastor están presentes en el proceso de tratamiento, aportando un elemento fundamental a la recuperación de los jóvenes, la espiritualidad marcada por la misericordia de Jesús Buen Pastor.

Mientras tanto en el convento parece que la voz de Santa Ma. Eufrasia volviese a hacer eco:

“Que el celo por la salvación de las almas las devore, sea esta la ocupación de su vida. Este pensamiento las acompañe en sus oraciones, para hacerlas más fer-

vorosas; en sus comuniones, para animarlas de los más santos afectos; en el cumplimiento de sus deberes para que el fuego de la caridad las abrace”.

¡Oh Dios, qué cosas tan grandes hace el amor que permite tan maravilloso encuentro, que solo desde los proyectos y designios de Dios puede ser explicado y entendido!

Esta es una experiencia de Iglesia, de comunión fraterna,

de acompañamiento caritativo, encuentro de misericordia, de puertas abiertas, de sonrisas dibujadas, de esperanza latente, de acogida amorosa y enriquecimiento mutuo, de celo ardiente por la salvación de las almas, de compromisos cristianos y de una historia que se vuelve a repetir...

María, alegría y prontitud en el servicio

Isabel, gratitud y admiración por ser servida.